

PERFIL Y DRAMA DE JORGE DE LIMA

Con Jorge de Lima, desapareció una de las figuras más ilustres de la poesía americana contemporánea.

Desde muy joven se había dedicado con pasión benedictina al cultivo del verso y en el curso de los cuarenta años posteriores, consagrados a las letras, fue estudiando en todos los detalles la intimidad espiritual y solidaria de la palabra escrita hasta arrancarle nuevas modulaciones. Con José Martí, Manuel González Prada y Rubén Darío, la poesía americana perdió al más grande de sus animadores, que en este momento logró sacudirle el polvo del siglo anterior, para hacerla sentimentalmente evocativa e imprimirle, dentro de los conceptos modernos, la libertad lírica, ennobleciéndola en forma y significado dentro del tiempo y la eternidad.

Había nacido en Uniao, Estado de Alagoas, Brasil, el 23 de abril de 1895, perteneciendo a una de las más distinguidas y antiguas familias y desde los cinco años hasta cerca de los sesenta, ha vivido sometido a una disciplina intelectual que lo colocó entre su generación como el vigía literario indiscutible, por la audacia de sus conceptos, tanto en la poesía como en sus cuentos y novelas. Cultor de las bellas artes, ha ejercido esporádicamente la docencia y el periodismo, alternando con la medicina, que era su profesión, multiplicándose en una actividad tan intensa que le agotó en edad temprana. Espíritu "ático, inteligencia extraordinaria, capacidad envidiable, su cultura tan bien formada alcanza a veces muy elevadas alturas", dice uno de sus comentaristas.

tas. Pero es en el estilo y en su interpretación del mundo humano, que concibió a través de la poesía y de la prosa, donde, siguiendo las orientaciones del arte moderno, se impregnó de mística dulzura. Y en grandeza fue devolviendo a la humanidad trozos de sí mismo en composiciones poéticas donde cada estrofa, cada verso es una iluminación.

Jorge de Lima se ha convertido, dentro de las letras brasileñas, en un genuino innovador y tanto en la cátedra como en las letras y las artes, fue uno de los valores más sólidos de la cultura de aquel país, que arrancó a la entraña popular los secretos escondidos, como forjador de bellos versos que abarcan algunos volúmenes. Su personalidad de bardo "se impone a los continentes americano y europeo, dentro del ámbito modernista, pero sin extravagancias ni exageraciones. Porque la poesía de Jorge de Lima, como producto de un movimiento de eterna renovación, es sutil e imperecedera por su arrobamiento y candencia en metros y rimas. Hasta en sus poliritmos o libres de rima encontramos la simplicidad del paisaje y de la naturaleza manifestados en la simplicidad de su universal grandeza. Para Jorge de Lima la poesía ha de ser representación de humanidad viva y ha de expresarse en lenguaje de tal sencillez que captive por lo que anima, por lo que entenece. De ahí que sus cuadros descriptivos del paisaje y costumbres brasileños tengan tanto de leyenda popular, exaltada con tanta ternura. Porque costumbres, montes, ríos, floresta, y todo lo selvático que este poeta singular del mundo literario de hoy cantó en todos los tonos, resume lo agreste con lo simple para encontrar la belleza, desde el mar hasta la vida semiprimitiva del negro y del mestizo, tanto en los ingenios y usinas donde se industrializa la caña del azúcar, de las haciendas, de donde se cultiva el café que recorre el mundo, hasta el zumbido de los aviones. Porque todo lo concibió en elevado sentimiento, y con conocimiento profundo de artista.

SU CULTO A LA BELLEZA

Dentro de este ámbito, la poesía de tal bardo brasileño se desenvuelve en una constante renovación en procura de la belleza increada que le consumió. Fina inteligencia, de sensibilidad delicada, ha vivido plenamente el drama del mundo moderno que ya no encuentra espacio para sus ambiciones materiales. Presa de esa pavora, contra su voluntad, se zambulló espiritualmente en el folklore para arrancarle los atractivos que presenta su obra. Después de haberse independizado de las diversas escuelas literarias, imprimió a su poesía una musicalidad de himno de alabanza, con cierto misticismo, que la enaltece. Porque, luego del "Encendedor de faroles", soneto con llave de oro que inicia la revolución poética en su país, sus composiciones marcan un pronunciado acento evocativo y adquieren esa musicalidad casi litúrgica que surge del fondo del tiempo para venir a nosotros como redentora plegaria en las alas del viento.

Sus descripciones, tanto en prosa como en verso, se caracterizan por su concreción. Trata de reducir vida, movimientos y gestos a metáforas, observando todo con ojo de artista para cantarlo luego como poeta de raíz tan honda en la entraña del pueblo como no pudo Manuel Bandeira. Un recorrido a su obra, nos presenta esa singularidad de síntesis y de espontaneidad lírica, de tensión emotiva consubstancial de los motivos artísticos revolucionarios. En esa concreción su arte palpita y se convierte en portavoz de la eternidad. Enamorado del ambiente popular, su verso fue sorpresa y asombro por el mundo íntimo descubierto, por la ingenuidad creadora con que lo viste, por la indisciplina con que lo presenta y por su hondo contenido humano.

La poesía de Jorge de Lima trasunta un triunfo evolutivo y de propia decisión dentro del panorama literario brasileño. Por su arte de la rima, su ajustada candencia y los ritmos profundos le convierten en un inspirado, no sólo lí-

rico, sino épico, tratando siempre de llegar a una perfección que exprima todo el sentimiento del hombre, para lo cual se rebeló contra la sintaxis y la gramática. Poeta ya en plena adolescencia, presenta una permanente y angustiosa decepción terrena y de ahí que la grandeza de su canto aparezca como resignada y dolorida. Los primeros sonetos, que datan de su juventud, tienen ese marcado acento angustioso del que no pudo liberarse totalmente, aún en los poemas posteriores. Fénix de los poetas de su generación, resucitó de las cenizas literarias de su país variadísimas experiencias. Huyendo de la teorización, de los problemas implícitos en cada artista y explícitos en sus obras, afirma Manuel Anselmo que la personalidad de este poeta alcanzó refluencias de todos los cambiantes de la poética universal.

EL NOMBRE DE LA MUSA (*)

No te llamo Eva.
No te doy nombre de mujer nacida,
ni de hada, ni de diosa, ni de musa,
sibila, ni de tierras, de astros ni de flores.

Mas te llamo la que bajó de la luna
para causar las mareas
e influir en las cosas oscilantes.

Cuando veo campos de margaritas agitando,
sé que no es el viento:

eres tú que pasas con los cabellos sueltos.

Amo contemplarte en los enjambres
de medusas que van a los mares boreales,
o en el bando de gaviotas
y de pájaros de los polos, volando.

(*) La traducción de las poesías pertenece al autor de este trabajo.

No te llamo Eva.
No te doy nombre de mujer nacida.
Tu nombre debe estar en los labios
de los niños que nacieron mudos,
en las arenas movedizas y silenciosas
que han sido fondo de mar;

en el aire lavado
que sucede a las grandes borrascas,
en la palabra de los anacoretas
que te vieron soñando y han muerto al despertar,
en el zigzag que los rayos describen
y que nunca nadie leyó.

En todos esos movimientos hay apenas
sílabas de tu nombre secular
que escucharon cosas primitivas
y no transmitieron a las generaciones.

Esperemos, amigos, que las mieses
gratuitas crezcan nuevamente
y los animales de la creación
se reconcilien bajo el mismo arco iris.

Entonces oiréis el nombre
de la que yo no llamo Eva,
y ni le doy nombre de mujer nacida.

Descriptivo en sus primeros poemas, fue entrando luego en el corazón, superándose por necesidad de su propio estro. "Sus motivos exigían una emoción poética, más amplia y libre, que no podía encajarse en fórmulas clásicas o románticas" propiamente dichas. Tomando en tonos vivos y minuciosos la realidad hechicera del nordeste de su país, creó una imagen lírica. Por ejemplo, un tren de la Great Western of Brazil Railway que atraviesa aquella región, "hace desfilar ante nosotros, a través de la imaginación de Jorge de Lima, una magnífica realización literaria, con sus diferentes paisajes, las diversas figuras características, la propia saudade".

Así, expresa también que debe “hacer un poema en loor de esa calle, con todos los bemoles de mi alma lírica, porque ella, en mi inocencia de niño, fue mi primera maestra de paisaje. Ahí el paisaje de la línea: una casita blanca, una morena en la ventana, un pedazo de selva, las colinas, el río, y las mañanas y los crepúsculos... y mi trencito romántico, moviéndose despacito para que el poeta provinciano viese caer la tarde y viese el paisaje pasando”.

El poeta no se olvida de consignar que el conductor de ese trencito tiene “bigotes parnasianos y ojos caídos” y que “cultiva la metáfora intuitiva y los adjetivos rubicundos, lo que demuestra su caricaturesca y espontánea ironía .Pero en el mismo convoy viaja la fauna humana que le merece la más conmovida solidaridad, en los inválidos que mendigan, los hombres sin nariz, de las mujeres astrosas y de los niños sin padre, vestidos de heridas en tanto otros exponen sus vientres hinchados y rostros de boxeadores vencidos en el último round”. El comentarista Manuel Anselmo agrega que la verdad y humanidad de estas descripciones demuestran que el nordeste del poeta no tiene literatura, siendo que es minuciosamente real, violentamente arrancado dolorosa y pintorescamente de su totalidad humana y vegetal.

POETA DEL ALMA BRASILEÑA

En su parte lírica, siempre hay un sentimiento de ternura en sus poemas, aun, por ejemplo en el que describe la “apeiba cimbalana”, propia de aquella región, cuando dice que su “nombre, coterránea, es Embira Blanca, palo de jangada, simplemente, con el que el hombre de las playas vence las olas y abate al tiburón, al mero y a la raya”. Y tiene también “copaúba, dendé, coco pindoba, palo de arco color del oro, camará color del lunar, sapucaia color de rosa, cañafistula color de heridas; ya no hay palo brasil, pero hay plantas que dan pan, sal, aceite, agua, género, remedios,

miel, trancas, y hay la caña que da todo, porque da al hombre triste de estas tierras la alegría, color de brasa de la embriaguez y el olvido color de ceniza”.

Donde se presenta, sin embargo, con todo su deslumbramiento lírico es en el descubrimiento del alma brasileña. La Modorra de Yayá y los otros grandes temas locales, como la caña de azúcar, el ingenio, el cangaceiro y las circunstancias geográficas de aquel ambiente brasileño, con el vicio mórbido de comer barro, el invierno, la sequía, las crecientes y los indelebles recuerdos de su juventud encuentran en él espiritualizada su poesía. La modorra tan característica de aquella zona está documentada en un documento infostimable: “Yayá está en la red de palmera. La mucama de Yayá espanta los mosquitos, hamaca la red, canta una canción tan dulce, tan blanda, tan melodiosa, que Yayá tiene deseos de dormir. ¡Qué pereza, qué calor! Yayá tira la camisa, toma un refresco, prende el monito, limpia el sudor, salta en la red. ¡Qué perfume agradable tiene Yayá! ¡Qué deseo dolorido de dormir... Olor a miel de la casa de las calderas! El monito de Yayá duerme en un rincón. Yayá se queda dormida, inclina la cabeza y se abre en la red como una flor. La mucama cesa de cantar, espanta los mosquitos, calla el vaivén, abre la ventana, mira al corral. A lo lejos, un pajarito canta. Antes que Yayá se despercece, la negrita de Yayá hamaca la red, espanta los mosquitos, canta una canción, tan dulce, tan blanda, tan melosa, que Yayá sin acordarse, se rasca, se estira y se abre toda en la red de palmera”.

EL FAROLERO

¡Ahí viene el farolero de la calle!
¡Viene, imperturbablemente,
parodiando al sol, enamorando a la luna
cuando la sombra de la tarde ennegrece el poniente!

Una, dos, tres lámparas enciende y continúa
enciendiendo otras, interminablemente,
a medida que la noche a poco se acentúa
y la palidez de la luna apenas se presente.

¡Triste ironía atroz la del cerebro humano!
El, que dora la noche e ilumina la ciudad,
tal vez no tenga luz en la cova cha que habita!

Cierta gente, sin que su corazón estalle,
ciencias, religión, amor, felicidad a otros insinúa
como ese encendedor de faroles de la calle.

En su "Evolución de la Poesía Brasileña", Agripino Griceo señala la rareza de fidelidad con que el poeta interpretó la carga atávica del sexo y del lirismo que hacen del nordeste una especie de Tahití más melancólica, como un pedazo de la India múltiple y contradictoria de las peregrinaciones infantiles. Porque en Jorge de Lima, ubicado dentro del ambiente de aquella región, presenta muchos puntos de contacto con el mundo selvático de Rudyard Kipling. Y no es todo fiesta cuando se interna en el centro del panorama, ya que también presenta la otra faz dolorida y trágica. Algunos de sus contemporáneos mencionaron que hay un fondo dramático de poema épico por la elocuencia de su testimonio. Cuando trata de los buscadores de oro que "primero descendieron por el río Opara, eran los hombres que fueron a herir la tierra en busca de oro. Y después fueron a levantar la cruz para curar las llagas que el oro levantó". O aquella que trata del invierno, admirable por su sencillez, que es un modelo de virtud: "Sefa: ¡llegó el invierno! ¡Hormigas de largas alas! ¡Llegó el invierno! Barro y más barro, lluvia y más lluvia! ¡Todo va a nacer, Sefa! Va haber verde, verde del bueno: verde en las ramas, verde en la tierra, verde en tí, Sefa, que yo quiero bien!".

POETA DE LA HUMANIDAD

En contraste, las cantigas de las lavanderas tan tristes, tan pensativas y es que “las almas negras pesan tanto, son tan sucias, tan pesadas como los bueyes”. La tristeza es característica en su temperamento lírico, evocativo, tan natural que lo domina siempre. “Mujer proletaria, única fábrica que tiene el obrero, fábrica de hijos, tú, en tu producción de máquina humana suministras ángeles para Jesucristo y brazos para el señor burgués. En los engranajes de las fábricas se mueven como vermes los dedos machucados de los obreros. Hay intestinos rotos de criaturas en el vaivén de las transmisiones. El avión comió la saudad de las madres que la distancia separó de los hijos vagabundos. Alcanza la luz trémula de la vela para iluminar mi poema antiguo. El lirismo perdió su liturgia. Las lámparas Osram velan fúnebremente la poesía”.

Dentro de su noche, desea huir, oculto en las sombras “hacia otros lugares donde las gaviotas sean menos inútiles y haya un corazón en cada puerto: y las aves marinas de alba blancura, cadenciosas y sabedoras de viajes vengán a revolotear sobre mi pipa cuando los cometas del cielo se apaguen. ¡Oh!, ¡qué noche larga! ¿Quién está llorando afuera? ¿Es la humanidad o alguna fuente?”.

Una dulce emoción de amargura nostálgica huye de sus páginas con la utilidad de blanca humareda por el ritmo particular de sus poemas. En todos campea el drama humano con ese dejo melancólico que algunas veces resulta supersticioso como arrancado de la imaginación del niño artista que llegó a poblar el mundo al momento que “viene descendiendo una noche encantada de la lámpara que expira lentamente en la pared de la sala. El niño apoya la cabeza y sueña dentro de la noche quieta de la lámpara apagada con el mundo maravilloso que él arrancó de la nada”. Rebelde a toda imposición literaria, ha ensayado todos los estilos poé-

ticos, desde el alejandrino clásico hasta el impresionismo riguroso, llegando a encontrarse dentro de una melodía lírica moderna, tan suya como la más delicada de todos los tiempos.

Jorge de Lima ha roto con las ligaduras de esa "literatura sin realidad, contra lo negro de Castro Alves elevado a Espartaco y servidor del peor romanticismo del mundo que fue el gongórico". Insatisfecho de su obra, estableció su propia fórmula poética definitiva, luego de destrozar los juguetes de la vieja literatura brasileña y hasta mismo los exportados por Moscú. En procura de una tendencia literaria que sucediera a la actual, podría quizás llegarse al regreso de un "nuevo clasicismo, si consideráramos nuestros clásicos las producciones portuguesas escritas por brasileños, a partir de la prosopopeya hasta los primeros románticos. Sería una resurrección de lo retórico, del gongorismo español al seicentismo portugués". Lo que importa es volver a un estado de alma más o menos real que hasta ahora no ha existido en aquella literatura, pasando por la escrófula del romanticismo como la había denominado Proudhon, en pos de lo sublime y lo humano expresados en la primera fase de una estética viva.

El poeta comprendió con amplitud singular cómo del espíritu literario surge la verdadera obra de arte, hija de la aventura, de la ambición e insumisión, según la interpretación de Cassou. El arte está ligado a la vida, porque no es abstracto y porque palpita, dice Manuel Anselmo; y es así porque la vida tiene su mejor expresión en el individuo. La crítica equivale a una pedagogía "de lo vivo, a una escuela de inquietud, verificada a través de las personalidades y de las tendencias comunes". Fue así como estamos frente a las inquietudes, latentes aún, surgidas inmediatamente después de terminada la primera guerra mundial, manifestadas en ese mundo personal del arte que se proyecta del hombre al paisaje humanizados sobre todo en la novela contemporánea, verdadero movimiento poético revolucionario del intelecto.

EN LA CARRERA DEL VIENTO

Allá viene el viento corriendo
montado en su caballo.
En las alas del caballo
viene un mundo de vasallos,
viene la desgracia gimiendo,
viene la bonanza sonriendo,
viene un grito, revoloteando,
revoloteando, revoloteando.

Allá viene el viento corriendo
montado en su caballo.
En las alas del caballo
viene la tristeza del mundo,
viene la camisa mojada
del sudor de los desgraciados,
viene un grito, revoloteando.
revoloteando, revoloteando.

Allá viene el viento corriendo
montado en su caballo.
En las alas del caballo
viene un mundo amaneciendo.
Ligado un mundo a otro mundo
viene un grito, revoloteando,
revoloteando, revoloteando.

Allá viene el viento corriendo,
los siglos corriendo atrás.
Allá viene un grito de Dios
y un grito de Satanás.
Ligado un grito a otro grito,
viene la vida, viene la muerte,
viene el viento, revoloteando,
revoloteando, revoloteando.

Allá viene el viento revoloteando
con sus caballos motores,
revoloteando en los aviones.
Allá viene el progreso, polvareda,
carrera, velocidad.
Allá viene, en las alas del viento,
el lamento de la saudad,
revoloteando, revoloteando.

Allá viene el viento corriendo
montado en su caballo.
Quien viene ahora es un chiquillo
montado en un cordero.
¡Parad al viento. Dejad
reposar al caballero!
Pero el viento viene rabiando,
revoloteando, revoloteando.

LOS GRANDES POEMAS

En Jorge de Lima, esa manifestación también fue el producto apasionado de su amor por el arte, que en sus grandes poemas de contenido llegó a convertirse en obra completa, confundida como está con su alma. También él ha debido sufrir los dolores del parto y dar libre anchura de contenido a su vocación, a su "singular destino emotivo intelectual" para imprimirle el acento de materia viviente. Había pasado la época del alejandrino, del soneto bien rimado, sin asonancias ni disonancias, cortado al milímetro, para ser declamado en salones a donde no llega la voz de la calle ni el barro salpica las blondas vestiduras. Los primeros sonetos de Jorge de Lima quedaron atrás en tanto el poeta seguía adelante, sin detenerse, cada día con una sorpresa literaria. En el ánimo de mantener como tea encendida la nueva cultura en formación, el "espíritu creador vigilante" y una personalidad esclarecida autónoma, alcanzó el misterio de la creación artística, privilegio reservado sólo a los grandes espíritus.

Los tres poemas que dieron a Jorge de Lima el renombre continental y casi ya universal que hoy distinguen al poeta son "Esa Negra Fuló", "¡Hola, Negro!" y "Padre Juan". Le sigue también "Sierra de la Barriga" y "En la Carrera del Viento". Pero, particularmente, en aquellos tres poemas mencionados, íntimamente conmovedores, es donde se afirma su estro lírico con tonalidades épicas, por su musicali-

dad, ritmo, construcción, modelos ejemplares de realización poética inspirados de humana ternura. Los temas centrales giran en torno a la esclavitud del hombre que, primitivamente originario del continente negro, enfrente mismo al panorama brasileño, es sometido al rigor de la raza ensoberbecida y que la humana víctima soporta con religiosa resignación, con bondad de amar, de cantar y sonreír.

“Esa Negra Fuló” es una negrita hermosa que ha caído en un ingenio, donde queda como mucama para vigilar a la señora y planchar al señor, el capataz o gamonal, que en el mundo brasileño se denominó “feitor”. La negrita ha de abanicar el cuerpo de la señora, hacerle cosquillas, quitarle los piojos, hamacarle la red donde se acuesta, contarle historias para que pueda dormir plácidamente, hacer acostar los chiquillos y cantarles canciones de cuna. Y la señora acusa a la negrita ante el marido, el “feitor”, de haberle robado el frasco de perfume. El crumiro dispónese a azotar a la negrita que, luego de quitarse la ropa, ofrece resignada su cuerpo desnudo para recibir el castigo. Ante su presencia, la vista del sátiro se enneguece de lascivia. Después, la señora la acusa nuevamente ante el verdugo de haberle robado un broche de oro. Y éste se dispone a azotar a la negrita que “luego tiró la saya y después el camisón y de dentro de él salió desnuda negra Fuló”. Finalmente, la señora pregunta a la negrita por el marido que “Nuestro Señor me mandó. ¡Ah! Fuiste tú que lo ha robado. Fuiste tú, negra Fuló”.

El esquema en sí del poema no da idea de su construcción poética acerea de la que tanto se ha discutido dentro del ambiente intelectual brasileño. Su ritmo cálido y embriagador respira un anhelo social lo mismo que “Padre Juan” que “quedó seco como un palo sin raíz” y que “va a morir” porque la piel de Padre Juan quedó en la punta de los chicotes y porque la fuerza del Padre Juan quedó en el cabo de la azada y de la hoz”, después de haber sido humillado y vejado.

“El Blanco hurtó la mujer del Padre Juan para hacerla su mucama. La sangre del Padre Juan se sumió en sangre buena como un terrón de azúcar en bruto en una taza de leche. El Padre Juan fue caballo que montaron los hijos del patrón. El Padre Juan sabía historias muy bonitas que inspiraban deseos de llorar”.

En “¡Hola, Negro!” Jorge de Lima va más lejos aun, pues expone una verdadera y sincera indignación cuando dice que los “nietos de tus mulatos y de tus cafusos y la cuarta y la quinta generación de tu sangre doliente tentarán apagar tu color! Y las generaciones de esas generaciones cuando apaguen el tatuaje execerado, no apagarán de su alma tu alma, negro. ¡Hola, negro! La raza que te esfuerza, esfuérsase de tedio, negro. Y eres tú quien la alegras con tus jazzes, con tus songs, con tus lunduns! Los poetas, los libertadores, los que derraman babosos torrentes de falsa piedad e hicieron de ti un motivo literario, no comprendían que tú ibas a reír! Y que tu risa y tu virginidad y tus miedos y tu bondad cambiarían el alma cansada de todas las crueldades. Negro que fuiste en las balas de algodón para U. S. A. o que caíste en los cañaverales del Brasil. ¿Cuántas veces las cabelleras han de blanquear para que los cañaverales puedan dar más dulzura al alma humana?”.

ESA NEGRA FULÓ

Un cierto día llegó
— de eso hace ya mucho tiempo —
al ingenio de mi abuelo
una negra muy bonita
llamada negra Fuló.

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
— llamaba así la señora —
Ve a preparar mi cama.
Ven a peinar mis cabellos.
Ven a ayudarme a secar
esta mi ropa, Fuló!

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

Esa negrita Fuló
allí quedó de mucama,
para vigilar la señora
y para planchar al señor.

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
— llamaba así la señora —
¡Ven a ayudarme, Fuló!
¡Ven a abanicar mi cuerpo
que estoy sudando, Fuló!
Ven a hacerme cosquillas.
Ven a matar mis piojos.
Ven a hamacarme la red.
Ven a contarme una historia,
que tengo sueño, Fuló!

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

“Era un día una princesa
que vivía en un castillo
y tenía un vestido
como el del pececillo del mar.
Entró en la pierna de un pato,
salió por la pierna de un pinto.
El rey, mi señor, me mandó
que os contase más cinco”.

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

¡ Oh, Fuló! ¡ Oh, Fuló!
¡ Ve a acostar y a dormir
a esos chiquillos, Fuló!
“Mi madre me ha peinado.
Mi madrastra me enterró,
por los higos de la higuera
que el sabiá pellizeó”.

¡ Esa negra Fuló!
¡ Esa negra Fuló!

¡ Oh, Fuló! ¡ Oh, Fuló!
— era la voz de la señora —
¿ Dónde está el frasco de olor
que tu señor me mandó?
¡ Ah, tú fuiste quien lo ha robado!
¡ Ah, fuiste tú quien lo robó!

¡ Esa negra Fuló!
¡ Esa negra Fuló!

El amo, para azotarla,
a la negra se acercó.
La negra tiró la ropa
y el señor dijo: ¡ Fuló!
Y su vista oscurecióse
que ni la negra Fuló.

¡ Esa negra Fuló!
¡ Esa negra Fuló!

¡ Oh, Fuló! ¡ Oh, Fuló!
¿ Dónde está el lienzo de seda?
¿ Dónde mi cinturón, mi broeche?
¿ Dónde mi anillo de oro
que tu señor me mandó?
¡ Ah, tú fuiste quien lo robó!
¡ Ah, tú fuiste quien lo robó!

¡ El señor fue a azotar,
solo, a la negra Fuló!
La negra tiró la saya
y también el camisón;
¡ De dentro de él salía
desnuda negra Fuló!

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
¿Dónde, dónde está tu señor
que Nuestro Señor me mandó?
¡Ah, tú fuiste quien lo ha robado,
fuiste tú, negra Fuló!

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

¡HOLA, NEGRO!

Los nietos de tus nietos y de tus cafusos
y la cuarta y la quinta generación
de tu sangre doliente
tentarán apagar tu dolor!

¡Y las generaciones de esas generaciones,
cuando apaguen el tatuaje execerado,
no apagarán de su alma, tu alma, negro!

¡Padre Juan, Madre negra, Fuló, Zumbí!
Negro que huye, negro cautivo, negro rebelde,
negros cabindas, negros congos, negros iorubas,
negros que no fueron embalados en algodón para U. S. A.,
ni para los cañaverales del Brasil,
que no quedaron en el cepo,
entre las cadenas de hierro, ni en la sepultura
para honor de todas las señoras del mundo!
¡Yo comprendo ahora mejor tus blues
en esta hora triste de la raza blanca, negro!

¡Hola negro! ¡Hola negro!

¡La raza que te ahorca,
ahórcase de tedio, negro!
¡Y eres tú quien la alegras
todavía con tus jazzes,
con tus songs, con tus lundús!

¡Los poetas, los libertadores, los que derraman
torrentes babosos de falsa piedad
y hacen de ti un motivo literario,
no comprendían que tú ibas a reír!
¡Ni que tus risas, tu virginidad,
tus miedos y tus bondades,
cambiarían el alma blanca
cansada de tantas crueldades!

¡Hola negro! ¡Hola negro!

¡Padre Juan!, ¡Madre negra!, ¡Fuló! ¡Zumbí!
que trajisteis las señoronas a las casas grandes,
que cantásteis para que el señor durmiera,
que os rebelásteis también contra el señor:
¡cuántos siglos han pasado
y cuántos pasarán sobre tu noche,
sobre tus mandingas,
sobre tus miedos, sobre tus alegrías!

¡Hola negro! ¡Hola negro!

¡Negro que fuiste entre el algodón para U. S. A.
o entre los cañaverales del Brasil,
cuántas veces las cañas han de blanquear
para que los cañaverales
puedan dar más dulzura al alma humana!

¡Hola negro! ¡Hola negro!

Negro, el antiguo proletario sin perdón,
proletario bueno,
proletario bueno,
proletario bueno,
blues, jazzes, songs, lundús...
¡Segabas con bondad de cantar,
llorabas con bondad de sonreír,
con bondad de hacer mandinga
para que el blanco quedara sano,
para que el látigo doliera menos,
para que el día acabara y el negro durmiera!
¡No basta iluminar hoy las noches
de los blancos con tus jazzes,
con tus danzas, con tus risotadas!

¡Hola negro! ¡El día está naciendo!
¡El día está naciendo
o será tu risotada que está llegando?

¡Hola negro!
¡Hola negro!

EL ANGEL

Jorge de Lima, al hacer palpitar la vida humana en sus personajes líricos, se ha conquistado también un lugar preferente dentro de la novela brasileña. Con Graciliano Ramos, Raúl Geraldo Vieira, José Lins do Rego y Jorge Amado, el poeta, después de su ensayo novelístico "Salomón y las Mujeres", se afirmó con "El Angel" y "Calunga", dentro de una atmósfera de nuevas circunstancias sociales e intelectuales por su reacción contra el medio y por las características de estilo y de técnica. "El Angel", carente de argumento, desenvuelve su existencia luchando contra el destino social de prejuicios y preconceptos. Se proyecta aquí el poeta en la plenitud de sus inquietudes, atribulaciones e indeterminaciones, conducido sin embargo a un fin al que conduce el gusto lírico de las rimas tradicionales, el modernismo a través de los temas arrancados del folklore brasileño y la ansiedad universal y sobrenatural proyectadas en este libro singular, en parte jocoso, luego caprichosamente atrevido y por último dramático. Es la poesía de la vida y de las vicisitudes humanas, sin trascendencia, que desaparecen cual destellos de luz fugaces sin dejarnos más que el recuerdo dolorido de lo que ya no existe.

Desarrollándose en la región del nordeste que Jorge de Lima toma como paisaje preferido de su obra, una criatura de corta edad crece como el común de sus semejantes, presa de sus pequeños problemas, en el seno del hogar. La descripción del ambiente es característica de Jorge de Lima, con sus giros y cortes bruscos que dan a la expresión particular sencillez. Llegada la edad, el niño va al colegio donde "refor-

mó la religión. Dios debía ser mejor. Abolición del infierno. Infierno ¿para qué? Libertad absoluta de suicidio. El hombre es bien señor de su loca vida". Fue expulsado del colegio por esos descubrimientos. Entonces "por vez primera se percató que sus manos eran largas. Por vez primera se notó también la falta de un ángel de la guarda" y se irrita ante la "aventura financiera" de las etiquetas de los cigarrillos, recordándose de una mujer muerta años antes, que parecía dormir. En esa neurastenia pasa los años hasta que, ya adulto y víctima de esa angustia que le aplasta, decide trasladarse a la ciudad, donde alquila un departamento en uno de sus más altos edificios.

En sus correrías a través de la ciudad, tiene la sensación que alguien le sigue. Era el Angel, "circunspecto, cauteloso en el andar y en los gestos. La cabeza sí que es extraña. El sombrero enterrado hasta las orejas. Hay también una contracción en el tronco del muchacho. El Héroe tiene la sensación de que en el compañero existen alas en los hombros. Camarada exquisito. Podría volar, pero sigue a su lado". Se hace llamar Custodio. Un pañuelo que vuela y que tanto el Héroe como el Angel tratan de alcanzar, los acerca, pues hasta entonces las cavilaciones del primero sólo eran impresiones, posiciones. Al verse, observa que la cabeza de Custodio es enorme. Un especialista la había catalogado como de propiedad de un genio o de un degenerado. Tocaba el violoncello con suprema emoción. Y allí mismo, degolló una "aria conocida. La gente fue agrupándose. El aria era doscientas veces más fuerte que la música del maestro. Llenóse la calle. El Héroe quedó deslumbrado con aquella nueva virtud del Angel y, unidos para siempre, conquistan a Río de Janeiro.

El Héroe, fiel a su sueño de artista, pretende alcanzar a ser un pintor de éxito que la vida inexorable le niega. Sírvase del Angel, a quien dota de zapatos y polainas con una leve línea oblicua bajo la nariz, a título de bigote. El Angel le proporcionará además muchas e inesperadas distracciones desde

aquel décimotercer piso desde donde ambos contemplan los motivos urbanos, sus vecinos, viendo verticalmente cómo el pueblo abajo gime y se arrastra. Allí no llegan las voces del sino, ni sonidos de órgano, “no de cosas de Dios. Sólo motores de aviación arriba, bocinas de ómnibus, de autos, abajo. Todas las paparruchadas del progreso. En el aire voces y cantos cruzábanse por vía de las radios. Y hasta aquella altura se captaban bestialidades de cabaret y coros de primera comunión alternativamente. En las alas de los aeroplanos venían mares distintos, y el pensamiento volaba para asistir a un match de fútbol cerca de Filipinas. Los ojos del Héroe, aquellos ojos que el Angel tanto elogiaba y que batían todos los records de velocidad, envolvían el globo, bogaban en el mar, cerrábanse en las islas nahikis pobladas de salvajes. El Angel quedaba tonto con aquellos viajes del amigo”.

Desde allí, los dos camaradas contemplan la construcción de un raseacielos y los comentarios que el poeta atribuye al Héroe provocan una perturbación emotiva muy dolorosa. El Angel, como siempre, es quien le sirve, recordándole que “antiguamente, para calmar al rey Saúl, venía David a tocar su instrumento. El Angel, entonces, agitaba el violoncello al que arrancaba melodías del tiempo del Imperio, valses monárquicos por ejemplo. Transportando al Héroe al pasado suave, ponía sosiego en aquella tempestad”.

El héroe

Agotadas las distracciones de corte intelectual y artístico, Héroe y Angel diéronse a la vida censurable de cabarets, bares, teatros y toda la cohorte de desatinos a donde conduce la bebida. Como era de suponer, aquella forma de vida forzosamente iba a conducir a los dos a un desastre. Para reunir dinero el Angel golpeó de puerta en puerta de viejos amigos malvendiendo cuadros y otros objetos. Al año, la decadencia

del héroe era total, pero llegó un hermano de éste que arrastró con los dos personajes a la casa paterna.

El Angel continuó administrándole a escondidas whisky y otras pólvoras, al punto que el Héroe se enfermó de verdad, y fue preciso solicitar el auxilio de un médico. Convalesciente, el Héroe se lanza a la laguna con el fin de pescar el sabroso suruzú y resuelve enamorar a una morena cuya vida había salvado tiempos antes, pero ella decidió entregarse a un contrahecho y de aquellos contratiempos es el Angel quien tiene que salir a consolar a su compañero. Regresan a Río de Janeiro donde el Héroe conoce a Maga Salomé que lo arruina y le obliga a perder al Angel. "Maga Salomé dio cuenta del Héroe y de su taller. Era una llama. Sinuosa, blanquísima, de cabellos de fuego. Abría el batón y aparecía un cuerpo muy albo, albísimo, de sexo y sobacos de oro". Pero sin el cariño y el violoncello del Angel que había huído, el Héroe sentíase dentro de un vacío completo. Maga Salomé habíale llevado el dinero y la curiosidad de vivir. Moralmente postrado, ante esa desolación, decide suicidarse.

"La mano derecha tomó el revólver. La izquierda volvió a guardarlo. La mano derecha hizo saltar, con un puñetazo en el mostrador, las agujas del reloj. Era preciso detener el tiempo. El Héroe tenía contra sí doble banda de enemigos. En un hemisferio del hombre estaba el bien, en otro, el mal. La mano derecha más era ágil, más inteligente y más mala. La mano derecha escribió dos líneas desconexas a los padres del Angel. La mano izquierda no sabía escribir y rascó desesperadamente la cabeza del héroe. Y los pies del Héroe lo condujeron hasta la ventana desde la cual se precipitó abajo. La sangre corrió por el pavimento".

Trátase de una serie de escenas cinematográficas, que se suceden con rapidez, demostrando, como capricho psicológico que lo es, cómo la juventud de nuestro tiempo se pervierte, dilapidando la vida sin objeto, pero foma parte en la obra

del poeta por la ternura lírica que impone al desarrollo de los acontecimientos.

El Ángel, con su enorme cráneo, salva al Héroe de la muerte. Aparece providencialmente a tiempo de ofrecerle su sangre. Se salva, pero queda ciego. Y con los ojos muy abiertos, vive exclusivamente de recuerdos. Convalesciente, una enfermera muy bonita, leía al Héroe y a Custodio una vieja historia de hace dos mil años, y el ciego, iluminado de luz interior y de una alegría tan clara que la luz afuera parece desmayada, pronuncia una palabra en vertical que viene de abajo, del pasado y desfallece con lo que termina la novela.

CALUNGA

Después de "El Ángel", novela simbólicamente caprichosa, donde el poeta hizo gala de humor y derroche de figuras literarias, "Calunga" es la novela de la realidad nordestina, cuyos habitantes son tristes y están hirchados, consumidos lentamente desde tiempos inmemoriales, por el mórbido vicio de comer barro, el clima cruel que los aplasta, la ictericia, el paludismo y la fatalidad. En relación cordial con el autor, denominamos este libro como el representante de la indolencia brasileña, término que no le satisfizo. No obstante el tema de por sí entraña un drama que viene de antiguo, pues que el poeta lo ha tratado en sus "Poemas" y en los "Nuevos Poemas" con la misma precisión y el mismo dolor lacerante que en estas descripciones. La triste situación moral, física e intelectual de aquellos "cambembes" esclavos del suelo, del clima y de las enfermedades contra las que nada vale la caridad individual, dan idea de una vida automática, sin esperanza ni recompensa. Es la inclemencia de la naturaleza inflexible contra el hombre, a la que éste inútilmente pretende presentarle combate. La vida miserable de sus habitantes así como el paisaje que le envuelve, es descripto

poéticamente con ese estilo tan personal de Jorge de Lima, que no pierde ocasión de matizarlo con figuras contagiosas.

El personaje central de la obra pretende sanear la región. Luego de una ausencia de años en que deambuló por el anejo mundo, adquirió conocimientos e intentó aplicarlos. Regresa al lugar nativo y, sentado, desde un banco del tren, observa “el paisaje corriendo”, y el “río parecía una cobra devorando un conejito”, y cuando menos se lo esperaba “aparecía delante del tren, semejando ser más veloz. Luego de las naturales peripecias de un largo viaje, donde, inclusive, se produce un descarrilamiento, llega nuestro héroe al lugar de destino, donde comienza su desilusión, porque todo era lo mismo que años antes.

“Era de mañanita y él pudo ver el sol naciendo sobre la laguna, allá lejos, en el mar. El caserío, los caminos, la ciudadela, las fábricas de ollas de barro, abajo, todo tenía la misma cara cual si aquellas cosas fugaces fuesen el viejo sol”. El viejo propósito que le movía, consuélalo. El, que había sufrido la mayor miseria en aquel ambiente, regresaba dispuesto a ayudar a sus semejantes en la lucha contra los hábitos inveterados y contra los “coroneles” ambiciosos y sórdidos, poniendo a disposición de su plan altruísta todo el capital que con su trabajo había reunido.

La novela en sí representa el porfiado combate contra el medio y la inercia de los habitantes, contra la gula de la muerte y la explotación humana del trabajo ejercida impunemente por el avaro y tullido “coronel” del Canindé, dueño y señor de una zona pantanosa contigua que domina a toda la región circundante. El héroe — Lula Bernardo, que así se llama — a poco de entrar en acción comenzó por ingerir quinina, aguardiente, whisky y demás explosivos para entrar en calor, animarse y tener fe en la empresa.

Tenía consigo un lugarteniente, llamado Ze Pioea, personaje de muy loable condiciones humanitarias que, a Lula,

tan entusiasmado en sus propósitos, mas observando que todo irremisiblemente tendría que desmoronarse por cuanto las débiles fuerzas de que disponían eran nulas ante el medio, la costumbre y el hábito, el robo y la depravación, fue tratando de disuadir a nuestro hombre de meterse a fondo en muchas innovaciones que deseaba introducir en la tierra que había adquirido. “La gente está aquí para morir antes que para vivir”, sentenciaba el fiel Pioeca. En tanto, Lula Bernardo no desmaya ante los primeros reveses.

La derrota

Compra calzado para el personal que le ayuda en la cría de corderos, tratando así de combatir la hinchazón del vientre, pero quien vence al fin es la fatalidad ambiente, dentro de su medio hostil y despiadado, porque las lluvias le matan los corderos, anegándole las tierras y las fiebres modificánle hasta el carácter y la inteligencia. El personal lo abandona para actuar con el “coronel” del Canindé, enemigo mortal de toda iniciativa que, ofendido en sus intereses por el humanitarismo lírico de Lula, se valió de un hechicero para atraérselo y dejar a nuestro personaje abandonado a su suerte en medio de los pantanos. Por último, como sarcasmo de la suerte, hasta el morbosos vicio de comer barro lo había vencido.

Bajo el peso de la lluvia, con los pics metidos en el barro y rodeado de enemigos que la lujuria ambiciosa del “coronel” había extendido por la zona, el breve suceso del asesinato de su fiel amigo Ze Pioeca terminó por aplastar definitivamente a Lula Bernardo. Dado a toda clase de bebidas, comiendo su pedacito de barro cocido, toda la tierra iba desfalleciendo cual la vista de un batracio ante los ojos magnéticos de la serpiente no obstante la desesperada resistencia de huir: hasta ser devorada. Obsesionado, presa de indecible indignación, después de muerto Ze Pioeca, su único amigo verdadero, Lula Bernardo planea el homicidio del tullido “coronel”, eje-

cutado en circunstancias dramáticas. Después, totalmente obsesionado, observa que está solo, dentro de la noche, desamparado y se encuentra huérfano de algo del todo que tenía a su vista y bajo sus pies. En tal estado, determina tomar una canoa y embicarla hacia el Calunga, el remolino que nunca “dejó que gente viva pasara sobre él” y lo anidó en su regazo. Cuando la mañana apareció no había nadie sobre sus aguas. La laguna estaba muy calma.

Si “El Angel” es el producto de la sensibilidad intelectual simbolista de Jorge de Lima, “Calunga”, a la inversa, es el resultado de una dolorosa emoción. En tanto que en “El Angel” las escenas se suceden cargadas de lirismo jocoso y hasta humorístico, en “Calunga” la cruda realidad ha sido atrapada en las páginas de este libro amargo y dolorido, cuyo estremecimiento sube a través de las venas de la sangre y en brazos de la muerte. Esa obra deja una impresión “de pesadilla, pero de pesadilla tristemente verdadera. La conclusión sería desesperante si el autor no hubiese procurado, sobre todo, mostrar la insuficiencia de la bondad caritativa y de la iniciativa individual por sí solas para remediar ciertas miserias sociales”. En menos de doscientas páginas, Jorge de Lima ha descubierto un mundo “que nada tiene de común con el Brasil edénico celebrado por los turistas. Es, sin énfasis ni comentarios inútiles, como un arte al mismo tiempo violento y desnudo”, dijo Pierre Hureade al referirse a las tendencias e individualidades de la novela brasileña contemporánea.

“Calunga” es un máximo de carrera literaria, dijo Edisson Lins al comentar la historia y crítica de la poesía brasileña. No sé si hubo alguna intención política en Jorge de Lima al escribir “Calunga”. Pero sin duda que no agrada mucho a aquellos que viven hoy casi históricamente, clamando por la novela de reacción a lo social y a lo local. No es una novela revolucionaria. Cuando el libro termina no se sigue ningún camino. Queda solamente el agua. Pero es la novela de la miseria de todos aquellos que viven allí. Social, local,

pero profundamente humana y universal". Uno de los grandes libros de la literatura brasileña de todos los tiempos, afirma Murilo Mendes.

SU VIGOROSA PERSONALIDAD

Más de quinientos de sus contemporáneos han estudiado la obra poética de Jorge de Lima y discutido en todos los ámbitos la influencia ejercida por él dentro de la moderna literatura brasileña. Es un caso sin parangón en América, pero se explica porque este personaje singular ha escrito páginas agudas, de íntima resonancia espiritual a través de las cuales "podemos comprender mejor que en ningún otro documento de la nueva generación ese carácter fundamental de nuestra psicología, que se refleja en toda nuestra historia, en nuestra literatura y en nuestra personalidad", dijo Tristão de Athayde. Jorge de Lima ha obedecido a aquella consigna de José Lins do Rego, cuando significa que en poesía "la mentira no produce nada. Siendo una creación de las más ligadas al cuerpo y al espíritu del hombre, falsear y fingir en poesía es como un suicidio o un atentado a una vida esencial del hombre".

Manuel Bandeira ha sido un caso sin precedentes en su generación. Al haber dado en sus "poemas una tensión de vida que nos conmueve", hizo obra de arte en un drama de los más serios de la humanidad. Mientras en otras latitudes "el poeta era un mártir en la lucha contra la monstruosidad del siglo" él hizo vivir la estrofa a través del dolor intenso y real, que vivirá en tanto exista el mundo porque expresó la porción de verdad, liberando así la lengua de instrumentos de suplicio, como testimonia José Lins do Rego, el gran novelista contemporáneo. Jorge de Lima, Manuel Bandeira y Mario de Andrade, constituyen el trío que más discusiones promovieron dentro de su esfera literaria. Intimamente sinceros han llevado las letras a esa contricción voluntaria y personal, con

esa particular individualidad e idealización de movimientos que tiene la poesía brasileña moderna.

Sin embargo, ninguno como Jorge de Lima se internó en la selva espiritual, para expresar en poesía el abandono, la angustia, la bondadosa resignación y la saudade, en esta crisis del hombre, del tiempo enfermo, donde hasta Dios, que es brasileño, se ha tornado indiferente y soberbio por las cosas terrenas con su drama y amargura. El arrancó notas a la cuerda más sensible del sentimiento y ensalzó la virtud hasta convertirla en oración, en himno y en salmo, compuestos en un lenguaje para que todos los entiendan y les entren a través de los ojos, de los oídos y del corazón. Para Jorge de Lima, la poesía está por encima de todas las cosas terrenas, trasciende el tiempo y no armoniza con las modas, los políticos, las guerras ni las tiranías. Ella es eterna y como tal brota del alma y no vuelve sino a través de las generaciones.

EL POEMA ETERNO

“Los aparatos inventados por la ciencia, por el relativo progreso mecánico, dijo el poeta, son imperfectos para conducir la gran fuerza de la poesía. Lápiz, pluma, máquina de escribir, discos, aparatos, todo eso distrae las manos del poeta. Métrica, rima, otros artificios de composiciones perjudican tanto la representación poética como la preocupación de urdir poesía para cierta crítica, ciertos lectores o regímenes. Los poetas de hoy viven embutidos en el tiempo y se ahogan. Sirven a uno u otro y se esclavizan. Sirven las ideas dominantes y se diluyen. Sirven al capitalismo y consiguen empleos, sirven a las academias y entran en ellas. Pero nadie peor comprendido que el poeta: él vive fuera del tiempo, vecino de la eternidad. La piedra de toque del poeta genuino es salir del tiempo, salir del verso, salir de los partidos, salir del mundo”.

Y va más lejos todavía cuando afirma que los poetas tendrán “que ultrapasarse la humanidad porque esa misma predes-

tinación presupone una superioridad anímica a realizarse en la vida. Y el poeta está obligado a ponerse en contacto con las fuentes de superelevación. La poesía no puede detenerse en impasse por la situación, por persona o clase alguna. Nadie puede detenerla. Poesía ha existido en el Brasil, poco lirismo puro ha elevado la literatura brasileña”, pero se encuentra en rutas de captación de las corrientes del siglo y no podrá por menos que confundirse con los maravillosos tiempos del futuro. “La ciencia será siempre inferior a la poesía. El poeta será un insatisfecho de la máquina”, que esclaviza al hierro y al hombre, aunque no logre cargar de cadenas al pensamiento. “No sé si en estos tiempos la humanidad se recordará del nombre del inventor del teléfono, pero el poeta David, que reinó en Hebrón y Jerusalén, continuará reinando. La poesía no presentará cuentas al tiempo y alcanzará la inmensidad. El poeta desnudará su alma de lo superfluo” y será un hombre, mas no uno de esos hombres fracturados que tienen una visión también fracturada de la verdad y del mundo.

La poesía es una fuerza humana que parte a lo suprahumano. “El sentido poético alcanza lo profético y va hacia lo místico”, en procura de descubrir los mundos anímicos del espíritu, el sentimiento fraterno que aniquile lo superhomicida que exista sobre la tierra, este suelo dolorido sobre el que se arrodillan sociólogos, políticos, reformadores, economistas sin impedir las conmociones sociales derivadas en guerras, dictaduras y tiranías sanguinolentas, ambiciones y venganzas terribles.

LAUS AMICORUM JORGE DE LIMA

Después de César Vallejo, es la voz de Jorge de Lima la más sentida que pierde la poesía americana en lo que va de este pedacito “de siglo enfermo, de siglo rico, de siglo gordo”. Se ha despedido de la poesía el 15 de noviembre de 1953, si bien antes, lo mismo que Vallejo, presentía su muerte.

En trance tan angustioso, va renunciando a cuanto re-

presenta como elemento viviente. Y se despide poéticamente del “manto más puro que el tiempo me dio, que la vida me da. Hasta lo que es bello me pesa en los hombros, hasta la poesía encima del mundo, encima del tiempo, encima de la vida, me aplasta en la tierra, me prende a las cosas. Quiero una voz más potente que el poeta, más fuerte que el infierno, más dura que la muerte. Quiero despedirme de la voz y de los ojos, de los otros sentidos, de las otras prisiones”.

“Quiero hacer el altar para los holocaustos y los inciensos. Quiero ochenta mil brazos para cavar montes y derribar arboledas y unos trescientos mil para recoger agua pura. Quiero uno para adivinar dónde hay oro, dónde queda el sol: ¡buscadme un ladrón para robar la luna!”.

CAMPION CARPIO

Casilla 2598, Buenos Aires